

Ello sucede, de modo paradigmático, con el poeta venezolano Rafael José Muñoz (1928-1981) y César Vallejo. Apenas nos aproximamos a la biografía del primero descubrimos cómo su origen humilde y su situación social se hallan condicionados por un sentimiento de humillación anonadante, paralelo al de Vallejo, que lo obliga a replegarse (con una orfandad manifiesta) en ese mundo rural de su infancia y en la paz entrañable de la familia; descubrimos igualmente cómo esa humillación quedará signada por el dolor, a medida que su vida transcurre: un sufrimiento que es incluso físico, y siempre aceptado con resignación, como consciente tributo de solidaridad; descubrimos, en fin, cómo esa necesidad de aproximación al otro se traducirá en una entrega a la política que supera la simple militancia para convertirse en una verdadera fe apasionada, en afirmación de la existencia y torbellino que arrebató con su movimiento incesante en medio del cual se halla siempre, cuasi náufrago, el hombre. Y cuando sabemos de su viaje a Europa, de sus estancias en París, Praga o Moscú, no podemos sustraernos a la visión de un Vallejo buscando una distancia necesaria para aliviar su sufrimiento y su apasionada agitación, y para comprender en su total dimensión su carácter de exiliado que, como individuo y como escritor, ha de marcarlo para siempre. Pero aún queda otro aspecto que subraya más, si cabe, este paralelismo: la honda preocupación por la muerte derivada de una situación existencial como la descrita; la muerte como consecuencia inexcusable del dolor y del sufrimiento físico padecidos, de ese desarraigo contra el que será imposible luchar. Pero la muerte, también, como categoría ontológica y metafísica, como personificación de la propia vida acostumbrada a circular siempre en la delicada frontera que se abre al inconsciente, a la emoción primordial liberada; frontera que es el espacio de tránsito, de delirio que hacia otra realidad conduce:

Ah, manitas de la muerte que rompen tetas, retoños
y sánquilas de dolor acuo;
manitas de la muerte, cajones, urnas
que van hacia cementerios neutros porque
allá no hay lugar para que dejen de ser
tantos que serán (hay tiempo para la lumbré).
no quiero que me empujen, tengo mi muerte,
tengo mis cifras de hombre, enigmático y solo,
tengo mi caballo triste y mientras tanto lo ayudo.

Pues bien, esta sorprendente coincidencia tendrá su correlato perfecto en la elaboración literaria de todo ese material biográfico que Rafael J. Muñoz hará por medio de una rabiosa liberación de la palabra, que no se detiene ante la aparición de lo absurdo; un absurdo que —explicará Juan Liscano, el más atento analista de la poesía de Muñoz— «no se trata de artificios intelectuales, ni de propósitos sistemáticos de alterar valores del lenguaje, de la gramática y de la expresión lógica»,²⁶ sino que ha de identificarse con una radical espontaneidad verbal (no muy alejada de las caprichosas elaboraciones del lenguaje infantil) llena de reminiscencias literarias, de vivencias, de asaltos constantes a la memoria. Regreso a la infancia, pues; pero retorno que implica una alteración intensiva de la medida de las cosas y de la serenidad del lenguaje que debe dar testimonio de ellas: el mundo, como explica Juan Liscano, aparece ante los ojos de Ra-

²⁶ Vid. «Dentro del círculo de los tres soles», en *Descripciones. Monte Avila. Caracas, 1983, págs. 129 y ss.*

fael J. Muñoz «desbordado, gigantesco, aterrador». Su palabra es solicitud de refugio y de afecto, y —al mismo tiempo— una posibilidad abierta para manipular lúdica-mente objetos, lugares, personas, y —en consecuencia— para hacer del lenguaje algo más que un simple modo de decir todo esto: una cálida explosión de sinceridad emotiva:

ya solitaria con su papaíto, así, madrecita, así
 cucharita
 de papaíto, así mi vieyita torondia de platinita
 azulita:
 No te vas a morir, falta mucho
 para llegar a esa aurora que mostraste cuando viní.

No es extraño, por tanto, que en esas visiones se fundan y confundan las añoradas imágenes de la vida rural de sus años infantiles (naturaleza y familia son evocados constantemente) con una mirada inquisitiva, proyectada sobre sí mismo, sobre su propio cuerpo, que es, en realidad, una confrontación intelectual con la existencia («Tengo que mirarme las rodillas/ a ver si allí crece mi codo,/ mi como de trasal mandíbulas;/ tengo que examinar esos molares/ y aquellas paredes ruinosas/ a ver si está allí la flauta de lo mío»). Hemos hablado de evocación y añoranza; pero una y otra, a diferencia de las de Vallejo, «no desean llegar al fondo de la melancolía», no participan del mismo «deseo irresistible de autodestrucción». Sin ocultar su raigambre vallejana, la melancólica voz de Rafael J. Muñoz quiere dar un paso más y sacudirse el fantasma de una extinción inexorable, por medio de un rabioso voluntarismo que entendemos mucho más arriesgado, y hasta más resabiado:

y llama a la madre para que lo venga a salvar del furor
 de la mochima.
 No la llames, mamaíta, déjala que se vaya,
 si no, vendrá la montaña con ella, y nos llevará.
 No la llames, te ruego, hoy es la una de noviembre,
 mamaíta
 nos va a llevar así a cucuruka mala.
 nos va a llevar aunque tenga peineta de oro, nos va a llevar.

Todo esto resulta muy lógico, si tenemos en cuenta otro dato que también aporta Juan Liscano, en su completísimo estudio: que cuando Muñoz leyó *Trilce* y *Poemas humanos*, hacia 1945 ó 1948 (y nótese cómo es ésta la fecha en que coinciden en la lectura de Vallejo la mayoría de los poetas de quienes venimos hablando), se vio sorprendido por, y atraído hacia, «la profundidad visceral (...), la melancolía planetaria y a la vez andina (...), el sentimiento de la muerte» que descubrió en los libros citados; pero que fueron «los exabruptos, descoyuntamientos y cabriolas lingüísticas de *Trilce*, así como el encubrimiento de la expresión, los números y la aparente eliminación de toda referencia anecdótica» lo que, de manera muy particular, interesó al poeta venezolano tras aquella lectura. La óptica de Rafael J. Muñoz, por lo tanto, como ya se había superado la subversión vanguardista en el espacio histórico en el que vive, hubo de aplicarse al lenguaje, no desde la perplejidad deslumbradora, sino desde una distancia caprichosa y mucho más incisiva; desde un escepticismo nunca disimulado o —mejor— traducido en una manipulación de la palabra que, a cada paso, nos sorpren-

de con sus inesperadas soluciones: «una expresión multidimensional capaz de registrar el ruido del mundo», por decirlo con palabras del propio Liscano.

No quisiera finalizar esta referencia a las concomitancias vallejianas de Rafael J. Muñoz sin mencionar el sentido religioso del sufrimiento que, también en el venezolano, aparece con idéntico carácter de despojamiento y entrega, de redención, que podemos observar en Vallejo. Ahora bien, condicionado —como sucede con los otros aspectos enumerados— por la manera personal de asumir tal compromiso. No olvidemos que la entrega vallejiana a la causa de la solidaridad —por producirse en el mundo convulso que él habitó— tuvo ese carácter conflictivo y trágico, agónico, que le imprimió el hecho de que su visión del mundo se hallara fundada en los misterios básicos del cristianismo de su infancia y de su pueblo, a los que desea conciliar con su formación filosófica y crítica, emanada del materialismo histórico: comunión, transubstanciación, ansia de inmortalidad, amor al prójimo, se vivieron y se dijeron en su obra desde una doblez dramática que él nunca pudo solucionar, porque su vida se extinguió en el centro mismo de aquel vértigo imparable. Rafael J. Muñoz, sin embargo, tuvo la ventaja del tiempo para esquivar la conflictividad agónica con que Vallejo trató tales misterios y conjugarlos entre sí, diluyendo sus límites estrictos y haciendo que la entrega dolorosa a los otros, el gusto por la muerte, la comunión ideológica o el mismo compromiso con la acción, desarrollaran plurales «alucinaciones solares» o «gestos mágicos» que hablarán de lo mismo, pero con una voz diferente; y, sobre todo, con una escritura tan compleja y plural como la misma fusión intelectual en ella proyectada.

5

También hacia 1948 fija Juan Gelman (1930) su primera lectura de Vallejo. Pero el poeta argentino advierte inmediatamente que la verdadera influencia del escritor peruano le llegaría más tarde, cuando llevaba ya algún tiempo escribiendo. Pues para él, esa presencia supondrá algo más que una simple herencia literaria: «se da en mi caso una especie de coexistencia existencial o vivencial, como se quiera llamarlo. Es una forma de sentir el mundo». *Sentir el mundo*; porque de un sentimiento, antes que de un riguroso cálculo poético estamos hablando. En 1971 declaraba Gelman: «lo que estoy dispuesto a sacrificar para esa comunicación no es cuestión poética, sino cuestión de vida. Y en la medida en que vitalmente eso se resuelva, pienso que se va a resolver en mi poesía (...) Me gustaría que mi poesía fuera cada vez más honda en cuanto a reflejar la realidad, y lo maravilloso que la realidad tiene». ²⁷ En estas palabras se encierra el impulso primero, a la vez sencillo, por elemental, como arriesgado y difícil, porque la realidad no se va a quedar a la espera de tan satisfecha contemplación, que Juan Gelman quiere para su obra. La realidad, sin duda, no permanecerá ajena a esa «cuestión de vida» que para el escritor lo es todo: y los acontecimientos de su propia biografía darán fe de ello.

Este testimonio me parece lo suficientemente revelador de la estirpe vallejiana a la cual Juan Gelman asegura, sin ningún tipo de reparos, pertenecer: una estirpe antes

²⁷ Vid. «Las turbadoras preguntas de Juan Gelman». Mario Benedetti. El País. Madrid, 5 julio 1987.